

Carmen González Roca, camino de santidad

FÁTIMA HENRÍQUEZ
ISTIC Las Palmas

Resumen:

La autora presenta la experiencia espiritual de Carmen González Roca, fundadora de las Catequistas de la Virgen del Pino, instituto religioso nacido en Gran Canaria en 1951. Aun perteneciendo al mundo culto de una clase social elevada, Carmen optó por relacionarse con otras mujeres que vivían en la sombra, que no brillaban, pero que jugaban un papel muy importante en la construcción del tejido social y del trabajo pastoral que permitía la institución eclesial de entonces. Dio vida de ese modo a un Instituto secular que conectó perfectamente con los deseos de la Iglesia canaria del momento, desde la que vivió y para la que vivió siempre. Es un hermoso ejemplo de esos santos de la puerta de al lado de que nos habla el papa Francisco.

Palabras clave:

Santidad, pedagogía pastoral, quehacer teológico, remedio curativo.

Abstract

This article deals with the spiritual experience of Carmen González Roca, founder of the Catechists of the Virgen del Pino, a religious institute born in Gran Canaria in 1951. Even though she belonged to the educated world of a high social class, Carmen chose to relate to other women who lived in the shadows, who did not shine but played an important role in the construction of the social network and the pastoral work allowed by the ecclesiastical institution of the time. In this way she gave life to a secular Institute that connected perfectly with the yearnings of the Canarian Church of the time, from which she lived and for which she always

lived. It is a beautiful example of those saints of next door that Pope Francis speaks to us about.

Keywords

Holiness, Secular Institute, saints of next door.

Introducción

Quiero agradecer a los que han organizado estas Jornadas, que hayan pensado en el Instituto, para formar parte de esta reflexión en torno a los santos de la puerta de al lado. Principalmente quiero, agradecer a Dios la oportunidad que me da de poder compartir con ustedes el testimonio que, para mí y para todas las que formamos el Instituto de «Catequistas de la Virgen del Pino», es fuente de espiritualidad y evidencia clave en el servicio que prestamos a la Iglesia y a la sociedad.

Me gustaría dar marcha atrás en el tiempo y lo hago con cierto temor y temblor, porque ni fue una época vivida por mí, ni tuve la dicha de conocer personalmente a Carmen González Roca. Si pudiera, y a modo de imagen, me encantaría abrir una ventana esta tarde e invitarles a asomarnos a ella, de tal manera, que pudiéramos ver juntos algunas de las realidades sociales y eclesiales en las que se desarrolla la vida de Carmen, y que algunos de los aquí presentes también les tocó vivir o conocer casi de primera mano. Lo hacemos con la tranquilidad que se necesita para mirarnos como en un espejo, porque vamos a sentirnos reflejados en la experiencia creyente y de seguimiento a Cristo que ella fue haciendo.

Vamos a hacer memoria de una mujer, con lo que suponía ser mujer en la sociedad y en la Iglesia en pleno siglo XX. Contemporánea de mujeres de talla del mundo de la literatura, las artes y la música a quienes va a conocer personalmente por formar parte de ese grupo de mujeres de cierta clase social que tuvieron la posibilidad de tener los medios para estudiar y relacionarse a otro nivel. Nombres como Dolores Massieu, Jane Millares, Ignacia de Lara, Carmen Laforet, María Suárez Fiol y Paquita Mesa, Isabel Macario y Dolores de la Torre a quienes conoce por participar en los actos culturales en la ciudad de las Palmas y el Teatro Pérez Galdós.

Perteneciendo a este mundo, Carmen opta por relacionarse y vivir con las otras mujeres que viven en la sombra, que no brillan, pero que juegan un papel muy importante en la construcción del tejido social y el trabajo pastoral que le permitía la institución eclesial de su tiempo. Una mujer que abraza la castidad como forma de vida y la pobreza como el medio en el que quiere vivir su vida y su entrega al proyecto del Reino.

Imbuida en ambas realidades Carmen se nos presenta como un camino de santidad actual, a la altura de todos, y la mejor forma de honrarla, es no dejar que pase al olvido. Ella es modelo de mujer que busca a Dios sobre todo cuanto acontece y fue capaz de vislumbrar, gestar y dar a luz un nuevo proyecto de vida consagrada, un Instituto Secular, con todo lo que esto va a suponer.

Una forma de vida malentendida para muchos al principio, incluso para ella misma, pero que con su firmeza espiritual supo convertir las dificultades en oportunidades para santificarse, ofrendándose como «víctima de suave olor» al Señor, con elegancia y sencillez.

Ella misma fue luz, no solo para las que hemos ido formando este proyecto de vida con ella, sino que lo fue también para una sociedad que estaba abierta a la acogida del Evangelio, y cuya misión, conectó perfectamente con los deseos de la Iglesia canaria del momento, desde la que vivió y para la que vivió siempre.

A lo largo de esta ponencia me van a permitir que cite algunos de sus pensamientos y escritos, para que descubramos de primera mano a una mujer totalmente enamorada de Cristo y de María, compañera de camino en la respuesta generosa a la voluntad de Dios sobre ella. Vamos a descubrir cómo su caminar creyente, en el seguimiento y la entrega, fue un caminar entre luces y sombras, entre la cruz y la gloria. Ya leemos en el Evangelio «que nadie es más que su Maestro».

1. Infancia y juventud: primeros años de vida

Nos acercamos a algunos datos biográficos que nos ayudarán a situar a Carmen en el tiempo y el espacio, porque la gracia, como sabemos, actúa en la persona concreta.

Carmen González Roca nace el 17 de diciembre de 1906, en el seno de una familia acomodada en la calle Buenos Aires de ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, siendo la séptima de nueve hermanos. Sus padres, don Manuel

González Martín, natural de Santa María de Guía en Gran Canaria y doña Margarita Roca Claveríe, natural de Vich en Barcelona. La bautizaron pocos días más tarde en la parroquia de San Bernardo, ermita de San Telmo, donde va a vivir su fe y a realizar sus tareas apostólicas en gran medida.

Desde muy corta edad se mueve en los círculos de la sociedad pudiente de la ciudad; su padre llega a ser Presidente del Cabildo de Gran Canaria, pero más allá de eso, ella va a destacar por hacer uso de esa condición social en favor de los más pobres y necesitados.

Era una familia de profundas raíces cristianas que, indudablemente, va a marcar la educación que recibirán sus hijos. Carmen va al colegio de las Madres Dominicas hasta que le ponen una institutriz a ella y a sus hermanas.

A esta educación hay que añadirle la llegada de un tío suyo, don José Roca y Ponsa, que desde Sevilla se traslada a Las Palmas, donde vivió los últimos años de su vida y que marcará su espíritu. Era sacerdote y Magistral de la Congregación de los Filipenses y cogerá a Carmen como secretaria personal, ejerciendo una gran influencia y forjando en ella una personalidad fuerte, a pesar de la poca salud de la que gozaba desde muy temprana edad. Por ser sacerdote, se le concede tener un oratorio en casa, lo cual marca profundamente la vida espiritual de Carmen. Ella misma llegó a decir después de la muerte de su tío, que cuando se llevaron el Santísimo de la casa, le causó más dolor que el propio fallecimiento de su tío.

En sus escritos ya empiezan a aparecer frases como: *«El verdadero apóstol debe ser alma eucarística, alma de oración y alma de vida interior. Tengamos bien en cuenta que apóstol sin oración, sin vida interior no es un verdadero apóstol»*.

En su parroquia, destacaba por su oración constante a Jesús Sacramentado y a la Virgen María en su advocación de la Inmaculada. Preparaba con esmero todas las celebraciones relacionadas con estas dos fiestas e intentaba transmitirlo y despertar en la gente estas devociones.

Era tal el enamoramiento que sentía por Jesús Sacramentado, que le llevó a tocar varias veces en la puerta de las Madres Adoratrices, en la calle Reyes Católicos, para formar parte de la comunidad. Consagrarse a este carisma fue su gran ilusión, pero lo cierto es, que el Señor tenía preparado para ella otro camino que solo supo entender con el tiempo, y que dio un giro a toda su vida.

2. La experiencia de Dios transforma a la persona

Carmen González Roca se distinguió por su humildad, sencillez y austeridad, era afable y cariñosa. Mujer luchadora, valiente, constante y firme, capaz de arriesgarse, incluso en los momentos más difíciles y dolorosos. A pesar de todos los sufrimientos por los que tuvo que pasar, dicen las que la conocieron, que los afrontaba con una entereza y alegría que contagiaba. Tenía una gran capacidad de acoger a todos, especialmente a los más pobres. La gente decía que «tenía un no sé qué..., que atraía a grandes y pequeños».

Su personalidad era tan cautivadora que entre todos los testimonios que tenemos, voy a destacar tres. Una niña, que sin saber quién era, se hacía la encontradiza cruzando de acera para que la saludara y le sonriera. Otra que fue compañera años más tarde, cuando le habló a su párroco que quería consagrarse al Señor, este la mandó a la catedral, para que hablara con la señorita Carmen (así la llamaban cariñosamente) y a la pregunta de ¿cómo voy a saber quién es? la respuesta del párroco fue: «no te preocupes que lo vas a saber enseguida». Años más tarde, estando de visita en Teror un arzobispo colombiano, una amiga se acercó a decirle que quería que hablara con su amiga Carmen; la respuesta del obispo fue: «ya sé quién es, le di la comunión esta mañana en misa».

La búsqueda incansablemente de la voluntad de Dios sobre ella y lo que sentía, le llevó a vivir largos años de oscuridad, que en palabras suyas, «*ni su director espiritual conseguía disipar*». Este deseo de responder fielmente a lo que Dios le pedía, hizo que buscara personas que le ayudaran a clarificar la inquietud de su corazón y así poder dar respuesta con generosidad y prontitud.

Esa búsqueda le condujo a adelantarse a los tiempos en los que le tocó vivir, dando así vida al único Instituto Secular nacido en Canarias. Fueron momentos difíciles y de gran desconcierto para ella, cargados también de bastante incompreensión por parte de la misma Iglesia canaria, sobre todo del clero que no conocía y, me atrevería a decir, que aún sigue siendo desconocida para muchos esta forma de vida consagrada secular aprobada por Pío XII en 1947.

Fue una fundación para la que Carmen nunca se sintió preparada ni digna, pero por obediencia al obispo de entonces la llevó adelante. Todo ello fruto de un concepto de la obediencia que vivió siempre de tal manera, que cualquier insinuación de los pastores de la Iglesia para ella era un mandato divino.

Hace unos días escuché una frase que me impactó y creo que viene muy bien traerla a colación ahora: «Cada niño que nace es un beso de Dios a la humanidad». Creo que, respetando el sentido de la frase, este era el pensamiento de Carmen. Esta fundación la va a entender como consecuencia del amor de Dios a los hombres. Este nuevo carisma sería una aportación para crecimiento de la Iglesia canaria y de la Iglesia en general. La Obra es de Dios mismo de quien recibe el encargo, y por eso, ella no puede pararla.

Una mujer carismática, que supo transmitir una espiritualidad que atraía en su tiempo. Decían de ella que tenía una mirada profunda e impactante, que la rodeaba como una atmósfera sobrenatural.

3. La experiencia de Dios genera una espiritualidad

Hablar de la espiritualidad de Carmen es hacer silencio, para descubrir en ella el paso de Dios por su vida y, a veces, hasta sentirnos en medio de esta corriente de santidad que vivió y que nos lleva también a nosotros a vivir en Dios y desde Dios.

Comenzamos con sus palabras:

No hay escuela para forjar mejor las almas en Dios que la oración y el dolor pues ellas, calladamente, día tras día van ardiendo en ese fuego hasta que esas llamas, débiles al principio, llegan a convertirse en una gran hoguera que constantemente las consume en santo amor de Dios.

Para Carmen la oración era encuentro con Cristo, momentos para estar con el amor primero, pero no aquel que pasó hace equis años, sino el que «es primero». El que nos ayuda a recuperar el tono de nuestra vida, para vivir con pasión y asombro. Ese amor primero que es mágico, porque es capaz de transformar lo cotidiano en primera vez. Una presencia, un gesto y una palabra en única para el que me ve o me escucha.

Los ratos de oración eran también oasis para reponerse, para recobrar las fuerzas desgastadas por la entrega, para recuperar la fortaleza que da el Espíritu, y así poder salir a la misión. Veamos cómo lo expresa ella misma en sus escritos:

Con esta forma de orar estemos bien persuadidas, que saldremos de la oración fortalecidas y confortadas como salió Jesús del huerto de los olivos, dispuesto a dar la vida por la salvación de los hombres.

La profundidad de su oración y vida espiritual crece día a día, en el encuentro y contacto diario con Cristo, y crece también estando con los otros, acompañando a otros en el camino de la vida, con tantos cristos sufrientes injustamente cada día.

Desde muy joven, su espiritualidad comenzó a girar entre dos ejes que terminarían convirtiéndose en los dos grandes pilares que sostuvieron toda su vida, y a su vez, el legado que dejó a las que vinieran detrás de ella: una espiritualidad eucarística y mariana.

Eucarística

Para ella la oración es ante Jesús Sacramentado, expuesto o escondido en el sagrario. Es un encuentro real y verdadero con Cristo presente en la Eucaristía. De que estaba profundamente enamorada de ella no tenemos la menor duda, lo vemos entre las múltiples recomendaciones que deja a las Catequistas:

El verdadero apóstol debe ser alma eucarística, alma de oración y alma de vida interior. Tengamos bien en cuenta que apóstol sin oración, sin vida interior no es un verdadero apóstol.

Carmen ya nos pone en sobre aviso: el apóstol sin oración no es un verdadero apóstol, oración y misión van de la mano. Hasta aquí ya lo sabíamos, pero ella le añade un elemento fundamental, y es que la unión íntima con Dios, se realiza través de la ofrenda y la oblación. Lo vemos mejor en este extracto de sus escritos:

El apóstol, cada día, al abrir sus ojos debe ver las tres hostias que le brinda la divina unión: la hostia eucarística que encierra a Jesús en su alma, la hostia del sufrimiento uniéndose a Él, en cada momento en la cruz, donde expira por amor y la hostia del momento presente que encierra su voluntad divina y toda su santificación.

Para Carmen esta oblación es participación en la entrega y sacrificio mismo de Cristo, es unión con Cristo clavado en la cruz, y esto lo encontramos y vivimos en la vida cotidiana porque es aquí, en la vida diaria con todas sus vicisitudes, donde la voluntad de Dios se acepta y se realiza. Para Carmen el verdadero apóstol es el que vive en perfecta armonía, oración, unión oblativa en Cristo y misión formando una misma realidad. Pero no solo la vive ella, sino que lo deja como invitación expresa a hacer partícipes a otros de esta realidad:

La devoción a la Sagrada Eucaristía han de hacerla vida de sus vidas y la vida de todas las almas a quienes alcance su influencia.

El sacrificio y la oblación van a ser el tono espiritual que le acompaña y permanece a lo largo de todo el día. El 14 de julio de 1953 escribía lo siguiente:

El Señor me hizo ver en la oración, que mi camino no era otro que el de la cruz y en ella iría creciendo en la santificación y en el amor... Un hablar continuo con Él y poco con las criaturas; mortificación interior y exterior.

Como vemos, su vida se fue convirtiendo poco a poco, en una verdadera ofrenda eucarística y es lo que repite constantemente en sus escritos.

Dentro de este profundo amor a la Eucaristía cabe destacar su deseo de reparación al Santísimo, propio de la espiritualidad de la época y muy encarnado en ella. Veamos cómo lo expresaba en uno de sus diarios:

A las once de la noche, antes de acostarme, me despido del Señor rezando la estación y pidiéndole, muy de corazón, que me conceda la gracia de pasar la noche metida en el sagrario, haciéndole compañía y reparando tantas ofensas de que es objeto en esas horas. Pidiéndole también, que mi último pensamiento sea para Él y que, durante la noche, cada vez que despierte, y que ojalá sean muchas, mi pensamiento vuele al Sagrario y con una Comunión espiritual me quede muy unida a Él, que es víctima de amor.

Horas santas todos los jueves en su parroquia, en los apostolados y, más tarde, en la fundación especialmente en los días de carnaval, días en los que se reunían todas para orar ante el Santísimo y reparar las ofensas que se le hacían al Señor.

Sentía verdadera preocupación por la santidad de los sacerdotes, no olvidemos lo que se vivió y se sufrió en la Iglesia los años posteriores al Concilio. Para velar por ellos compuso una oración de intercesión que rezaba cada día con las Catequistas, ante Jesús sacramentado y que seguimos haciendo como parte de su legado, convencidas de que esta forma de oración nos ayuda a presentar ante Dios la vida de tantos sacerdotes necesitados de la oración de su pueblo, y a poner nuestra esperanza en el Dios de la misericordia, que es quien realiza la santificación en ellos para bien de toda la humanidad.

Mariana

¡Qué decir aquí! Cómo no imaginar tantas veces a Carmen, desde que era muy niña, ante la imagen de María Inmaculada que aún contemplamos en la parroquia de San Telmo... María, la mujer del “hágase”, la que vive en silencio las maravillas que Dios ha querido obrar en ella, la que está pronta para ir al encuentro del que precisa ayuda, conocedora de las necesidades antes que nadie se diera cuenta, madre, compañera y discípula de su Hijo, valiente hasta el final aunque sea al pie de la cruz, ánimo y consuelo en las dudas de los que flaquean, protectora y amparo de los que recurrimos a ella...

Baste aquí recordar una oración que recitaba cada hora del día:

Bendita sea siempre, la Santa e Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios. ¡Bendito sea Dios! ¡Ánimo, alma mía! El tiempo pasa, la eternidad se acerca. Vivamos tal como hemos de morir. Bendita sea la Inmaculada Concepción de María, Madre de Dios.

Carmen es camino que nos lleva al único Camino que es Cristo. Un camino de santidad que, como todos los que nos sentimos seguidores de Jesús, lo vivimos entre luces y sombras. Ella lo vivió así, desde una absoluta obediencia a la voluntad de Dios, ante la que se rinde como sierva inútil, que simplemente hace lo que tiene que hacer, aunque ello suponga subir a la cruz más de una vez.

4. Etapa de madurez: Dios se va dejando sentir

A partir de aquí damos paso a un período de tiempo, en el que Carmen se va abriendo a la nueva llamada que el Señor le va haciendo, a través de los acontecimientos que le toca ir viviendo.

Ella contaba que, a partir de 1945, con casi 40 años comienza a vivir un gran desasosiego y sufrimiento interior, sentía que el Señor le pedía algo que debería llevar a cabo, pero que no era capaz de saber discernir de qué se trataba.

Su personalidad afable y cercana, fue haciendo que se le fueran acercando algunas chicas pidiéndole ayuda para entrar en distintas comunidades religiosas. Ella buscaba entre sus amistades y conocidos los medios económicos para que pudieran hacerlo. Así mismo, fueron apareciendo otras jóvenes que también deseaban consagrarse al Señor. Unas querían ser religiosas, pero por

falta de salud no eran admitidas; otras, porque tenían dificultades familiares o de pobreza; otras, se sentían llamadas por el Señor, pero no les atraía la vida religiosa y no encontraban la forma ni el lugar adecuado para ellas.

Carmen contaba de ellas que «tenían verdadera vocación y deseaban consagrarse al Señor», «...todas almas grandes, escogidas, que solo aspiran a su santificación», «...pero que estaban como descentradas, como si en todas partes sobrarán. Ni retiros, ni ejercicios, nada les venía a su medida».

Comenzó a acogerlas, y sus palabras dicen que les daba paz y consuelo; pero esta misma realidad, más allá de darle consuelo y paz a ella, lo que hacía era que aumentaba su inquietud interior.

Y así fue como en su mente y en su corazón se fue forjando la idea de disponer de un lugar, para que todas esas chicas, al salir de sus trabajos, pudieran reunirse y tener sus retiros, en vez de estar separadas, cada cual, con sus apostolados y así, según sus palabras, «rendirían más a la Iglesia».

Comienzos apostólicos en Schamann

Emprendemos ahora una parte llena de avatares, tareas apostólicas y acontecimientos que se suceden, pero que nos van a ir descubriendo cómo Carmen quería acallar la voz de Dios que sentía, unas veces porque no sabe discernir, y otras, quizás, por miedo a lo que se le venía encima. Parémonos a ver lo que vive y descubramos cómo Dios siempre se va abriendo camino para decir lo que quiere decir.

Partamos de una idea común: el Sínodo diocesano de 1947. Recordemos rápidamente que giró en torno a tres grandes preocupaciones: la situación social de las familias, la moralidad y la ignorancia religiosa, y que de aquí derivarían todas las recomendaciones que se hace al clero y a todos los cristianos, cada uno desde su situación creyente y de compromiso apostólico.

En 1949, por sugerencia del párroco D. José Mejías, Carmen comienza una misión apostólica en el barrio de Schamann acompañada de estas jóvenes con las que ya se relacionaba en este tiempo.

Carmen con ingenuidad piensa que lo que el Señor le pedía podía ser eso, trabajar en esta barriada de Schamann desarrollando una verdadera misión de labor social y de evangelización, con lo cual su desasosiego interior desaparecería. Se decía: «vaya, ahora se me quitará esto».

Corrían tiempos difíciles, de muchas necesidades materiales y serias dificultades sociales, por lo que había que ocuparse del cuerpo y del espíritu. Este pequeño grupo de mujeres dedicaban largas horas a comunicar el amor que llevaban dentro, siendo capaces de los mayores sacrificios. Visitaban a las familias necesitadas con el fin de ayudarles en sus carencias, tendiéndoles una mano cercana, un rostro animoso y una palabra de aliento y esperanza.

Parte de su labor apostólica la dedicaron a las jóvenes que carecían de cultura y por ello, se alquiló una *casita* (así la llamaban) de las mejores que había en la barriada; en ella se daban clases de ortografía, corte y confección y nunca faltaba la formación religiosa. En algunas fechas litúrgicas las mismas jóvenes organizaban actos y escenificaban algunos pasajes del Evangelio.

Esta labor apostólica llevaba consigo la celebración del día de Corpus cuya procesión recorría las principales calles del barrio, si es que se les podía llamar así a aquellos caminos polvorientos. ¡Con qué entusiasmo adornaban de flores todo el recorrido del Santísimo aquella gente sencilla!...

Era tal el trabajo y celo apostólico, que ya en esta época, la salud de Carmen se había ido debilitando. Sufría cólicos hepáticos y cuando estos le atacaban, en medio de la labor apostólica, se inyectaba el calmante que siempre llevaba en su bolso para poder seguir. Lo vivía con tanta pasión y entrega, que lo deja como orientación a sus Catequistas:

La catequista no puede tener en su alma sino una aspiración: el APOSTOLADO. A él han de orientar toda su vida y consagrarle todo el tiempo de que pueda disponer.

Era tal el atractivo de su persona, que los niños la apretujaban, se le colgaban del cuello y ya se pueden imaginar... la tierra y los piojos. Cuentan que los primeros años, cuando llegaba a su casa después de la tarea, entraba a escondidas por la puerta de servicio, para asearse y presentarse impecable ante sus hermanos.

Así describía ella la labor en Schamann:

Así que nuestra misión, en lo sucesivo, será hacer al mismo tiempo de Marta y María. Que el celo de las almas que tanto sufrimiento le costó a Cristo nos devore, pero que aun sea mayor el celo del amor de Dios que lo comprende y lo abraza todo.

El gran amor que Carmen profesaba a la Eucaristía orientaba e impregnaba la totalidad de su hacer, desde cuidar y procurar que todo estuviera impecable para la celebración Eucarística (tengamos en cuenta que los barrios donde iban eran muy pobres), como toda su labor catequética, haciendo que los niños desde que comenzaban su formación, profesasen también gran amor a este sacramento en el que Jesús se hace presente.

La labor que realizaban crecía e hizo que, en el transcurso de un año, el pequeño salón donde se reunían para la catequesis y las celebraciones litúrgicas se quedara pequeño. Esto llevó a Carmen a solicitar permiso al ayuntamiento para ampliarlo y así consiguieron que el lugar «fuera también más digno para las cosas del Señor». El salón se amplió, y a su frontis, se le dio aspecto de ermita. Ella deseaba que llevara el nombre de los Sagrados Corazones, por su especial devoción a ellos y también porque desde los inicios había puesto bajo su protección aquella gran misión.

En el año 1951, con motivo de la festividad de Ntra. Sra. de Lourdes, se bendijo y quedó erigida en Vicaría de los Sagrados Corazones, dependiente de la parroquia de San Bernardo y siendo su primer párroco don Juan Rodríguez Alvarado. De suerte que compartía con nuestra fundadora el gran amor a la Eucaristía y, juntos, celebraban muchos actos eucarísticos: horas santas, los Jueves Santos dentro del gran Triduo pascual, organizaron los llamados «Jueves Eucarísticos» en los que numerosos niños participaban de la Eucaristía y a los que se les impuso el nombre de «Cruzados Eucarísticos», aunque al espíritu reparador de Carmen le gustaba más hablar de *Los consoladores de Jesús*. Esta iniciativa se fue extendiendo por todos los barrios en los que ya trabajaban las Catequistas en esa época.

Un momento importante, dentro de este período apostólico, fue la bajada de la Virgen del Pino a Las Palmas en 1954, con motivo del año santo Mariano.

En los días que permaneció la Virgen en la catedral, Carmen, que pertenecía a la organización del evento movió, como solemos decir, *Roma con Santiago* para lograr que la vuelta a Teror no se realizara por el itinerario establecido, sino que permitieran que se hiciera por la barriada de Schamann.

Lo cierto fue que lo consiguió aunque le pusieron dos condiciones: tenía que reunir a 300 hombres y la Virgen no podía parar en todo el recorrido por la barriada. Para sorpresa de los más escépticos con la labor de las Catequistas, los hombres superaron en número y el recorrido de la Virgen fue interrumpido

no una vez, sino dos veces. La segunda fue al final de la barriada, en el sector más pobre entre todos los pobres del barrio, las «Casas Ultra baratas» como se les llamaba. Dicen que Carmen muy sobrecogida comentó: ¡Qué predilección tiene la Virgen por los pobres!

Las Catequistas que iban a Schamann y ella misma, cuentan que fueron tiempos muy difíciles, pero también muy dichosos. La Fundadora siempre decía que, aunque fueran a otros barrios de la ciudad, Schamann siempre sería especial.

Corren rumores de una fundación. Revela su inquietud

Con toda esta labor en marcha comenzó a correr la voz que «de Schamann iba a salir una Fundación». Hasta los mismos sacerdotes lo decían.

Nos cuentan que la Fundadora le pedía al Señor como un signo, «que si era verdadero lo que sentía que también se lo hiciera sentir al señor Obispo y a don Juan Alonso Vega». ¿Cuántos de nosotros, que estamos aquí esta tarde, cuando no vemos claro una decisión que tomar o no tenemos todos los elementos para discernir algo que pensamos o sentimos, no nos ponemos ante el Señor para que sea su Espíritu quien nos guíe y nos hable en los acontecimientos y en las personas? Pues eso mismo hace Carmen, una espera activa, en oración constante:

Procuraré con más intensidad en mi vida interior, oración y mortificación pues este es el camino por donde el Señor me quiere en estos momentos.

En medio de toda esta realidad un día acude a un retiro en las Javerianas, dirigido por don Juan Alonso, y se ve obligada a contarle lo que estaba sintiendo en su corazón ante su insistencia con preguntas por la fundación. Don Juan le comenta que el obispo también estaba inquieto con esta idea y que le concertaría una entrevista con él.

Pasan los días, pero llega el momento y Carmen acude al Palacio episcopal para entrevistarse con don Antonio Pildain, quien la recibe muy complacido y ofreciéndole todo su apoyo. Aquella solo fue la primera visita de tantas porque, a partir de aquel momento, la hacía ir todas las tardes y le hablaba largos ratos.

Una de esas tardes, don Antonio ya le comunica que ha llegado el momento de iniciar la fundación y entonces ella dice que le contestó:

Muy bien señor Obispo, esta fundación si el Señor lo quiere, se llevará a cabo. Ahora usted busque la persona idónea que se responsabilice, pues no me siento capacitada para una obra de tal envergadura.

El obispo le respondió: «No, Carmen, la obra te la inspiró el Señor a ti y tú eres la que has de llevarla a cabo». A lo que ella contestó: «Sr. Obispo, un deseo suyo es un mandato para mí», y aceptó en obediencia.

A partir de este momento, ella empieza a pensar que siendo una obra de la Iglesia tendría que tener un apostolado; se decía: «¿qué obra es la que más falla en la Iglesia por falta de miembros?», y respondía: «el catecismo, porque siempre empieza con muchas personas y luego se van cansando». Tenía muy arraigada la preocupación de la catequesis y los pobres, por lo que terminó siendo la misión y el carisma de esta nueva obra: «Señor, que todos te conozcan y te amen».

En cuanto al nombre que iban a llevar, no es difícil imaginarlo a estas alturas de mi aportación: «Catequistas Eucarísticas y de María Inmaculada».

La fundación comienza a dar sus primeros pasos el 8 de diciembre de 1951, festividad de la Inmaculada, realizando la tarea de la catequesis «para mayor gloria de Dios» como solía decir.

5. Etapa de expansión y consolidación del Instituto

Al principio parece que todo va sobre ruedas, pero la realidad fue la misma que conocemos todos, la que vivimos cada día entre alegrías y dificultades.

La diócesis les ofrece una casa, en alquiler, en la calle Bravo Murillo 34, propiedad de un sacerdote que había fallecido. Una casa siempre abierta a todos. Diariamente se daba catequesis a los niños y niñas que el sábado recibían el sacramento de la reconciliación y el domingo participaban en la Eucaristía. Empezaron llevándolos a la iglesia de Ntra. Sra. de los Desamparados por ser la más cercana (pertenecía a la parroquia de San Bernardo), pero la gente empezó a sentirse molesta dada su condición social. Más tarde, empiezan a llevarlos a San Telmo, pero tampoco al párroco se le veía muy contento y los niños tenían que permanecer de pie en los pasillos. Después de misa los llevaban a la casa, les daban el desayuno y salían felices de regreso a sus hogares.

A la catequesis asistían también los vendedores de periódicos de la ciudad, muchachos de catorce y quince años que ayudaban con esto en la eco-

nomía familiar. Cada día recibían la formación, visitaban al Santísimo y se iban a la jornada diaria. Parejas de novios para recibir el sacramento del matrimonio, jóvenes que se preparaban para el sacramento del bautismo. La capilla de la casa fue testigo de grandes acontecimientos.

El campo de apostolado se fue extendiendo hacia otras barriadas pobres de la ciudad: las Cuevas de Mata, el Polvorín y San Lázaro, que pertenecían a la parroquia de San Bernardo. San Nicolás, el Barranquillo de don Zoilo de la parroquia de Santa Catalina y también a las parroquias del Carmen y San Pedro Apóstol en la Isleta, todas ellas con la misma dedicación y entrega generosa que al principio, pero no exenta de dificultades y contrariedades como la vida misma.

Se multiplican las dificultades

Aunque es una etapa donde se suceden las dificultades y contrariedades propias de toda Obra que comienza, voy a citar solo tres, que fueron desencadenantes de nuevas decisiones de vital trascendencia, para la vida de esta fundación.

Cada tarde, fiel a la petición de don Antonio Pildain, Carmen iba a Palacio y él le hablaba horas enteras de los fundadores más perseguidos y las calamidades que habían pasado en sus fundaciones. Una de esas tardes, contaba que le dijo: «Vas a sufrir mucho y el que más te dejará sufrir seré yo. Te verás sola, abandonada de todos, hasta de las personas en quienes confías más y la primera será esta que te acompaña» señalando a la que había ido con ella esa tarde. Con el paso del tiempo, ella lo entendió como una visión profética, porque así fueron sucediendo cada una de sus palabras.

Algunas de esas chicas *de bien* que la acompañaban al principio de la Fundación la fueron dejando sola en los inicios de la Obra. Pero efectivamente, lo más doloroso estaba por venir y se lo iba a producir el mismo don Antonio, quizá fruto del pensamiento de la época en la que se pensaba que había que ponerlas a prueba y ver si realmente aquello que estaba surgiendo era obra de Dios. El caso es que la relación entre don Antonio y la Fundadora no siempre fue fácil, quizá las expectativas de don Antonio sobre el Instituto no se correspondían con la realidad de aquellas mujeres, quizá fruto también de esta idea nueva de consagración en la vida secular que casi nadie entendía en esta época.

Una de esas tardes de tertulia en Palacio, don Antonio le comunica su decisión irrevocable de que ningún sacerdote de la diócesis podía colaborar en la formación de estas chicas. Por aquellos días, don Juan Alonso ya les ayudaba con esta tarea formativa. Esto fue un duro golpe para la Fundación, porque ya sabemos el papel que jugaba la educación de la mujer a mediados del s. XX. Sabemos que, más tarde, se arrepintió de esta decisión, pero ya habían pasado los años y el sufrimiento y el dolor profundo que había creado su decisión ya era irreparable.

A esta contrariedad le sucede otra después de la aprobación del Instituto como Pía Unión en la diócesis. Se celebra una Asamblea Diocesana de catequesis y las Catequistas animadas por el entonces ya asesor, don José Déniz, iban todas ilusionadas pensando que allí se iba a comunicar que en nuestra diócesis existía una Institución dedicada a la catequesis. Nada más lejos de lo que esperaban, resultó ser otro duro golpe para todas, especialmente para la Fundadora. Allí se presentó a otra Institución, que había llegado recientemente a Las Palmas animadas por el mismo don Antonio. Intervino un sacerdote sobrino del Fundador y le pidieron a una de las religiosas que diera una catequesis, para que todos vieran cómo se hacía. A la salida no faltaron los comentarios de personas que se fueron acercando a la Fundadora y a las Catequistas.

No obstante, ya en la casa y muy propio de una persona acrisolada a fuego, la Fundadora invitó a las Catequistas a pasar a la capilla para cantar un Te Deum al Señor por haberles dado la fuerza para sufrir aquella humillación. Desde que salieron de la capilla ninguna volvió a mencionar el tema y la misión continuó como si nada hubiese ocurrido.

El padre Miguel Alonso (CMF) para su onomástica el 16 de julio de 1962 le escribe lo siguiente:

Amor y dolor son dos estrellas que irán señalando el camino. Oración y Cruz te trazan un camino nuevo. Cimientos firmes en los que asentar tu vida. Cuando veas una pobre Cruz de palo, sola, despreciable y sin valor... y sin crucifijo, no olvides que esa Cruz, es tu Cruz: la de cada día, la escondida, sin brillo y sin consuelo... que está esperando el Crucifijo que le falta: y ese Crucifijo has de ser tú.

Como se suele decir, «no hay dos sin tres» y otra contrariedad se aproxima. De la noche a la mañana, desde la diócesis les piden que dejen la casa de Bravo Murillo en la que estaban viviendo y llevando a cabo parte del apostolado. Casi con lo puesto tienen que salir, después de haber arreglado la casa e

instalado el mobiliario para el uso apostólico, y van temporalmente a una casa en la calle Canalejas.

Dicen las que vivían con ella, que a la Fundadora estos acontecimientos, uno detrás de otro, le causaron gran sufrimiento porque no entendía, pero los aceptó como voluntad de Dios, con esa entereza que le caracterizaba y respondiendo a la adversidad con su particular manera de hacerlo, obediencia y esperanza en Dios. Testimonio de esta forma de afrontar las dificultades tenemos una carta que le escribe, años más tarde a una Catequista en Lanzarote, en la que le recomendaba lo siguiente:

...¡bendito sea Dios, en todo y por todo! ... mucho ánimo, y espera que muy pronto llegará la hora del Señor. Mientras, vive muy unida a Él... piensa que todos los seres que se mueven a tu alrededor, los mueve Él para tu perfección y santidad. Oír, callar y sufrir... Solo los comentarios en el Sagrario.

Qué buena medicina para nosotros recordar estas palabras, «todo lo mueve Él para nuestra perfección y santidad», «Oír, callar y sufrir... los comentarios en el Sagrario».

Clarificación del proyecto de Dios

La Fundadora se anima a consultar a personas de criterios sólidos, como decía ella, para ver qué forma podía tener esta nueva fundación en la Iglesia, y así es como empieza a gestarse la idea de que tiene que ser un Instituto Secular.

Mujeres que deciden responder a la llamada del Señor, siendo consagradas por Él para vivir en el mundo, en medio de sus compromisos familiares y sociales donde se desarrolla la vida secular. Llamadas a ser como la sal y el fermento en medio de la masa, semillas del Evangelio esparcidas en medio de las realidades cotidianas, en la que se desenvuelve la vida de los hombres y mujeres de cada momento de la historia. Vidas escondidas en el sagrario para ser sagrarios en el mundo, gestadoras de Cristo.

Después que el obispo le retiró toda ayuda por parte de los sacerdotes diocesanos, la Fundadora se había refugiado en los padres del Corazón de María para que le ayudaran en la formación y los retiros. En 1954 el padre Agapito Robles fue destinado a la península y ella vuelve a vivir esa sensación de desamparo, sobre todo, porque él le había ayudado mucho en la elaboración de los primeros Estatutos, especialmente, en lo concerniente a la consagración

secular, cuestión que ella desconocía ya que en Canarias no había ningún Instituto Secular y el único referente que tenía era la vida religiosa.

Entre 1953 y 1956 la salud de la Fundadora se resquebraja y tiene que viajar a Sevilla y Barcelona donde es intervenida. Esto le llevó a estar alejada del resto de las Catequistas y también la hacía sufrir. Cuando regresa, ya venía con su salud resentida y muy débil, sufría fuertes dolores de cabeza e iba perdiendo visión hasta el punto que llegó un momento que ya le resultaba muy difícil escribir. En este período hubo que afrontar también la enfermedad grave de la formadora, que era su mano derecha.

Pero todo sufrimiento lleva siempre de la mano alguna alegría y así fue, el 12 de marzo de 1957, el Instituto era erigido Pía Unión por don Antonio Pildain bajo el nombre de «Catequistas Eucarísticas y de María Inmaculada».

Desde 1963 comienza a tramitarse la aprobación de los Estatutos, que el mismo obispo Pildain se preocupa de agilizar durante sus viajes a Roma, para asistir a las sesiones del Concilio, y el 11 de febrero de 1966, llega la noticia de la aprobación de los Estatutos. El día 22 del mismo mes don Antonio Pildain y Zapiain firma el Decreto de Erección como Instituto Secular «*Catequistas de la Virgen del Pino*».

Ustedes dirán, ¿pero no eran Catequistas Eucarísticas y de María Inmaculada? En Roma le habían cambiado el nombre a petición del Prefecto de la Congregación, Mons. Antoniutti, que tras su visita a Canarias y a la Virgen del Pino, confesó haberse sentido impactado, y por nacer en esta diócesis debía llevar este nombre.

A la Fundadora le costó asumir que le cambiaran el nombre al Instituto, pero sobre todo el cambio que le hicieron en uno de los artículos de los Estatutos, porque le impusieron dos tipos de miembros y dos formas de compromiso: las que vivían en grupos de vida fraterna hacían votos, y las que vivían con sus familias, promesas. Esto no lo entendió nunca, porque para ella todas eran iguales, pero lo aceptó por obediencia al mandato de la Iglesia.

6. Última etapa. Entrega definitiva de su vida a Dios

Ya nos acercamos a la última etapa de Carmen y vamos a ver cómo esta mujer llega al encuentro con Dios de la misma manera que lo hacía siempre,

en ofrenda permanente. Podemos decir que era imposible otro final para una vida gastada y desgastada en el amor permanente a Cristo.

A finales de 1969 se celebra la I Asamblea General del Instituto cuando la Fundadora ya estaba bastante delicada, de tal manera, que preparó un certificado médico y una carta personal a fin de dimitir, por temor a ser reelegida Directora.

Pasado el tiempo llegó el momento que decide regresar a su casa con sus hermanas hasta que fallece, entendiéndolo que su presencia en la casa, podía entorpecer la tarea de la nueva Directora. Un último desprendimiento y desapego le tenía reservado el Señor para este momento. Ella lo expresa así: «¡Qué feliz se vive en la vida cuando ya no se tiene apego a nada o se procura no tenerlo!».

Siempre supo que la Fundación no era suya, y que el mismo que la creó, la llevaría a feliz término. La Fundación que había ayudado a nacer, ahora tenía que empezar a dar pasos por ella misma.

Ya estando en la casa de sus hermanas, cuando su salud se lo permitía, participaba de la Eucaristía en su parroquia de San Telmo. Cuentan que un día, al salir, se encontró con el obispo Pildain (ya emérito) y estuvieron hablando. No conocemos el contenido de aquella conversación, pero seguro que no solo fueron las palabras las que hablaron, sino el silencio de tantos recuerdos compartidos y de algunas decisiones incomprensibles.

Un mes antes de fallecer, don José Rodríguez fue a visitarla para que pudiera recibir los sacramentos. En ese momento estaba tan débil que no podía ya ni hablar, pero cuando él le preguntó si quería besar el crucifijo, ella respondió con voz potente: *¡Con toda el alma...!*

Después de recibir los sacramentos don José le invitó a que ofreciera todo, en aquellos momentos de su vida, por la Institución, y ella continuó: *...y por la Iglesia y por los sacerdotes...*

Desde ese día, ya no volvió a pronunciar una palabra hasta que falleció el 11 de mayo de 1976 después del mediodía. Aquí podemos recordar una frase que escribió años antes: «*Mirar al cielo para prenderse de él y mirar a la tierra para desprenderse de ella*».

7. Carmen, camino de santidad a la que todos estamos llamados

Me gustaría terminar con estas palabras porque ya sabemos que, para los cristianos, la muerte no es el final del camino. Carmen es un camino recorrido, pero también un camino por hacer. Su persona es una llamada que nos enseña que el amor de Dios no tiene medida y que la fidelidad a ese amor, llena y plenifica la vida de quien se abre a ese verdadero amor.

Carmen lo supo hacer, de tal manera que no solo brotó en ella la verdadera espiritualidad, fruto de ese encuentro apasionado con la cruz de Cristo, sino que supo acoger ese carisma del Espíritu, que se desenvuelve hoy más allá de lo que ella pudo intuir.

Este es su legado, el legado que nos deja a las que formamos hoy parte del Instituto, pero también a todos, incluidos los aquí presentes esta tarde, a los que nos puede parecer que los santos están hechos de otra madera. Carmen es de carne y hueso, casi contemporánea nuestra y es una invitación a la plenitud de una vida entregada a los demás.

Ella quiso vivir con extraordinaria generosidad la obediencia, la pobreza y la castidad, una consagración plena en el mundo para transformarlo desde dentro, en lo cotidiano, en las realidades pequeñas de cada día, donde se encontraba en cada momento. Una forma de vida consagrada que une el cielo con la tierra, lo divino con lo humano, lo trascendente con lo cotidiano.

El Evangelio es para personas de alto vuelo, descentrados de sí mismo y en medio de una realidad que le supera, cuya esperanza está puesta en lo que vendrá, y por eso, le empuja a ir al encuentro del otro, donde ya Dios está presente dando plenitud desde dentro.

Ella nos muestra con su testimonio que podemos ser esperanza para el mundo, que podemos ser fecundos desde la sencillez de nuestras vidas, y que enamorados de Cristo y de su causa, podemos ayudar a construir un mundo mejor y más justo, donde cabemos todos y donde todos estamos invitados al gran banquete de bodas. Pero eso sí, al igual que lo vivió Carmen, persuadidos de cualquier gloria y conquista humana, porque no hay más camino que EL CAMINO. Y nosotros, «granos de trigo» que han de morir en los surcos de la historia, y cada vez que esto suceda, al igual que ella, convertir el dolor de la herida abierta, en sonrisa complacida de amor, propio de los que por gracia se llaman bienaventurados.

Fátima Henríquez: *Carmen González Roca, camino de santidad*

Gracias a todos, por querer compartir hoy con las que nos sentimos deudoras de tanta gracia, las Catequistas de la Virgen del Pino.